

PRESENTACIÓN TEORÍA Y SOCIOLOGÍA COMPARATIVA

«Ya que pronto viviremos en un mundo en el que $N=1$ ».

A. Przeworski (1987: 45).

1. INTRODUCCIÓN: MACROFILIA SOCIOLÓGICA

Al margen de cambios teóricos internos, acontecimientos o procesos históricos recientes como el derrumbe del comunismo en los países del Este, los procesos de integración supranacional o la conciencia cada vez más aguda de la globalización han reavivado en la sociología la «macrofilia»¹, su vieja pasión por lo macro y por la comparación internacional (Collins). Sin duda, la disponibilidad cada vez mayor de encuestas internacionales también contribuye al auge de este tipo de investigación. Estaremos de acuerdo en que vivimos en un momento dulce para la sociología histórica y comparativa.

También hay consenso entre los comparativistas respecto a que, más allá de las discusiones metodológicas endémicas que afectan a toda la sociología —cuali vs. cuanti, casos vs. variables—, los problemas de la sociología comparativa no provienen de los datos o técnicas. Sin duda, todavía hay problemas metodológicos. Sobre todo en el campo de la medición de actitudes, la equivalencia internacional e intercultural de los items de las encuestas es un campo de batalla todavía cruento. No hace poco me llegó una chanza un tanto macabra que circula sobre los comparativistas, e ilustra el escepticismo que producen estos problemas en el resto de la comunidad sociológica. «Una encuesta mundial realizada hace poco tiempo incluía la siguiente pregunta: ¿cuál es su opinión sobre la escasez de alimentos en el resto del mundo? La encuesta fue un rotundo fracaso porque en África no sabían lo que eran «alimentos»; en Europa del Este no sabían lo que era «opinión»; en el resto de Europa no sabían lo que era «escasez»; y en Estados Unidos no sabían lo que era «el resto del mundo». Cuanto mayor es el número de países y regiones que se integran en encuestas internacionales, más se agravan los problemas de la medición de actitudes. Pero lo cierto es que estas dificultades han hecho que en la investigación comparativa mediante encuestas se esté trabajando con éxito

para salvar estos escollos –véase, por ejemplo, Harkness–, mientras que en muchos otros campos de la investigación cuantitativa no se presta la debida atención a los problemas y las técnicas de la medición (Bollen).

Las principales trabas en la sociología comparativa siguen siendo de índole teórica. Oyen habla de la «pobreza teórica» de la sociología comparativa. «Los problemas principales no son técnicos, sino teóricos» declaraba también recientemente Scheuch (Scheuch, 2000: 73), uno de los metodólogos e investigadores más conocidos en este campo de investigación sociológica. De hecho, como veremos, algunos de los debates más importantes en la sociología comparativa han girado en torno al papel de la teoría². Este hiato entre la teoría y los datos se ensancharía cada vez más, precisamente también por la disponibilidad creciente de datos internacionales en todos los ámbitos (Nowak).

Desde luego, la cosa no fue siempre así. Los grandes «teóricos» fueron grandes comparativistas. Se suele mencionar a Durkheim y su «dictum» de que la sociología sólo puede ser sociología comparativa; o a Weber, y sus estudios comparativos sobre la religión y la economía. Menos citados en este contexto, pero igualmente esclarecedores, son los casos de Tocqueville –la democracia en Francia y los EE.UU.–, Sombart –¿por qué no hay socialismo en los EE.UU.?– o Elías –la comparación del proceso de civilización y monopolización en Inglaterra, Alemania y Francia³. Mucho más recientemente, resulta difícil imaginar que obras del calado teórico de *Los tres mundos del estado de bienestar*, de Esping-Andersen, o *The Sociology of Philosophies*, de R. Collins, lograsen sus objetivos sin el robusto trabajo empírico comparativo en que se sustentan. Pero, al contrario de lo que sucedía en el comparativismo clásico, ahora éstas serían excepciones que confirman la regla de la «hipertrofia empírica» en el análisis sociológico comparativo. El renacimiento del análisis comparativo después de la II Guerra Mundial, y la proliferación de datos en los años 80 y 90, no fueron acompañados de la teoría comparativa acorde con las nuevas circunstancias (Arts/Halman).

En el contexto actual se perfilan dos formas claramente distintas de entender las macro-transformaciones contemporáneas (diversidad, globalización, interdependencia, etc.) desde la sociología. Uno de los últimos números del *British Journal of Sociology* (2000, 51, n.º 1), «Sociology facing a new millenium (la sociología ante un nuevo milenio)» ilustra diáfanoamente el hiato del que venimos hablando.

Por un lado, Urry defiende un análisis de la transformación de las sociedades contemporáneas basado en nuevos conceptos, rechazando el bagaje heredado. Desde una perspectiva postmoderna, en la que es central la metáfora de la fluidez, Urry aboga por una «sociología móvil», que analiza las múltiples movilidades de las personas, los objetos, las imágenes, la información e, incluso, los desperdicios. Hay que dejar de entender lo social como sociedad y pasar a hacerlo como movilidad. Frente al enfoque «teórico» desenfrenado de Urry, en el mismo número de la BJS tenemos la austeridad teórica y metodológica de Esping-Andersen. Rechazando el nominalismo postmoderno, frente a su vorágine de nuevas teorías y conceptos, sostiene este último autor la necesidad de retornar a las grandes cuestiones empíricas que preocuparon a los clásicos. Hay que buscar nuevos «Leitmotifs» o anclas como la «Arbeiterfrage» del siglo XIX, o la lucha de clases democrática del siglo XX. «La sociología del año 2000 se ha vaciado de su importante reserva de Leitmotifs y no ha sido capaz de volver a llenarla». El retorno a los dilemas de la economía y la sociedad es la solución para estudiar la cambiante sociedad actual, investigando su varianza para buscar regularidades. Este empirismo renovado en las circunstancias actuales sólo puede seguir la misma estrategia que siguieron los clásicos, el comparativismo en la doble perspectiva del espacio-tiempo, sincrónica y diacrónica. La distancia entre los modelos Urry y Esping-Anderson de sociología para el nuevo milenio son evidentes. (Sería sintomático que la mayor parte de las críticas recibidas por una obra comparativa ejemplar para Esping-Andersen, la de Castells, sean teóricas más que empíricas).

Frente a esta disyuntiva, en esta introducción mostraré: cómo la sociología comparativa puede corregir los excesos de la teoría sociológica; cómo la teoría sociológica puede

enriquecer la sociología comparativa; cómo procesos contemporáneos del alcance de la globalización y la interdependencia plantean a ambas sociologías desafíos que les obligan a dialogar más íntimamente de lo que lo han hecho hasta ahora. Siguiendo estos tres argumentos veremos que tenemos un hilo conductor sobre el estado actual y las perspectivas de desarrollo de la sociología comparativa.

2. LAS MACROTEORÍAS, EN SU SITIO. LOS BENEFICIOS DE LA SOCIOLOGÍA COMPARATIVA EN LA TEORÍA SOCIOLÓGICA

En *European Modernity and Beyond* (1995) Therborn ha señalado acertadamente que las teorías de la sociedad contemporánea corren el riesgo de reificar lo social, al convertir una dimensión en el centro funcional de la sociedad. El autor ilustra el peligro con las teorías de la modernidad y la postmodernidad.

Por lo general, los teóricos han adoptado una definición institucional de la Modernidad. Sin embargo, ante la diversidad institucional de la modernidad europea parece preferible adoptar una diferente. Therborn propone una definición temporal, en consonancia con el significado etimológico de la palabra. La modernidad es una época vuelta u orientada hacia el futuro. El contraste entre el pasado y el futuro sería el código binario que estructura la cultura moderna. Es una semántica del tiempo. La modernidad se pone en cuestión en la postmodernidad cuando los vocabularios «temporales» del progreso, el desarrollo, la emancipación, el crecimiento o la ilustración caen en desuso. La teoría de la modernidad debe ser una historia comparativa de la modernidad. «Este concepto de modernidad no contiene ninguna referencia institucional concreta, sino que las deja como causas, efectos o contingencias para la investigación empírica (...)» (Therborn, 1995: 5).

Desde esta «perspectiva institucionalmente pluralista» (p. 355), el debate sobre la sociedad moderna y la postmodernidad es un debate «moderno» en el sentido de que se sigue manejando un patrón narrativo global y unidimensional: sea moderno o postmoderno. En comparación, Therborn subraya que hay diferentes vías de acceso y diferentes configuraciones institucionales de modernización y postmodernización.

La principal conclusión del análisis de la modernidad en Europa entre 1945-2000 es la contingencia, la enorme variedad social en el espacio y en el tiempo. En lugar de contraponer tipos de sociedades «tout court» debemos centrarnos en las contradicciones, dilemas, tensiones, conflictos, identificando distintas fases de entrada y salida de la modernidad, y distintos tipos de modernidad. Ello no es incompatible con el análisis teórico. De hecho Therborn propone un esquema teórico-social con distintos niveles, variables y relaciones.

La perspectiva de Therborn permite ilustrar cómo, por ejemplo, la noción de la sociedad del riesgo es problemática en esta perspectiva sociohistórica. Efectivamente, se ha producido un cambio de semántica: de hablar de oportunidades y logro se ha pasado a hablar de riesgos. «Pero aunque están separados por contextos de recepción ideológica, los discursos de la oportunidad y del riesgo son fundamentalmente los mismos. Ambos tematizan las probabilidades de un suceso en el tiempo. Ambos se refieren también a las consecuencias de las decisiones. La idea de oportunidad expresa un fe en la modernidad, mientras que la de riesgo, es más crítica, pero no hostil (...) Por lo tanto, no se deben tratar por separado. Son las dos caras diferentes de la moneda de la modernidad» (pp. 164-165).

El enfoque de Therborn nos lleva a subrayar no la imposibilidad de las teorías de la sociedad, sino la necesidad de la sociología comparativa como estrategia para su elaboración. Recordemos que la investigación comparativa permitió acabar con el «sueco-centrismo» o la centralidad del modelo socialdemócrata en los estudios sobre el Estado de Bienestar, abriendo la posibilidad de una teoría sobre los regímenes de Estado de Bienestar.

nestar (Esping-Andersen). Los dividendos también se ven en la «gran teoría». Muchas grandes teorías contemporáneas se beneficiarían del análisis comparativo.

La investigación comparativa nos revela el germanocentrismo de la sociedad del riesgo de Beck. Alemania es un Estado de Bienestar corporativista con unos valores centrados en la seguridad de status. Se puede argumentar que en este contexto no es extraño el discurso del riesgo social elaborado por Beck –al menos en lo que concierne a la parte de su teoría que trata de la estructura social y la individualización.

Siguiendo con Alemania, la teoría de los nuevos movimientos sociales de Habermas, basada en la colonización del mundo de la vida por el sistema, también se revela germanocéntrica. En este caso la clave está en la historia alemana, en el peso del pasado. El régimen nacional-socialista y el temor al estado totalitario explica la prevalencia que tuvieron y tienen en Alemania movimientos de resistencia civil contra la burocratización, como la objeción a los censos que se produce a principios de los 90.

Tomemos otro argumento de Habermas de gran actualidad en nuestro país, la propuesta del patriotismo constitucional. Recordemos que el contexto en el que Habermas sitúa la propuesta es el pasado nacional-socialista y la tardía existencia del Estado alemán (una nación durante mucho tiempo sin Estado). La identidad postnacional, basada en el orgullo de haber superado el fascismo, es un sentimiento universalista de pertenencia a una comunidad democrática sin fronteras territoriales, en la que no se comparten símbolos, sino procedimientos jurídicos y políticos. Desde el punto de vista histórico, en primer lugar, aquí se podría objetar que es precisamente la debilidad del Estado lo que en Alemania fomenta –no inhibe– el nacionalismo étnico-cultural. La pervivencia en Alemania de la definición de la ciudadanía de corte romántico y étnico-cultural, es evidente todavía, por ejemplo, en las ventajas de que disfrutaban los «Aussiedler», o inmigrantes de origen étnico alemán, frente al resto de los inmigrantes. Esta definición de la ciudadanía contrasta con la tradición cívica republicana a la francesa, que favorece una mayor integración (Brubaker).

En segundo lugar, y lo que es más importante en este contexto, Habermas se pregunta por las condiciones de posibilidad de su propuesta, e intuye que puede arraigar en unos pueblos y Estados más fácilmente que en otros. «La vinculación a los principios del Estado de Derecho y de la democracia sólo puede cobrar realidad en las distintas naciones (que se hallan en vía de convertirse en sociedades postnacionales) si esos principios echan en las diversas culturas políticas unas raíces que serán distintas en cada una de ellas (...) El mismo contenido universalista habrá de ser asumido en cada caso desde el propio contexto histórico, y quedar anclado en las propias formas culturales de vida» (Habermas, 1991).

Desde el punto de vista sociológico, las comparaciones internacionales revelan que la dicotomía cívico/étnico que apuntábamos antes, al comparar Alemania y Francia, cristaliza en dos dimensiones opuestas en las actitudes nacionales de los ciudadanos. En algunas teorías del nacionalismo la dimensión territorial se integra en la identidad cívica, con lo cual habría una identidad cívico-territorial y una étnico-genealógica (Smith). Los resultados de la investigación empírica comparativa indican que esa dimensión es independiente, de manera que las dos identidades serían la cívico-política y la étnico-cultural (Jones/Smith). En cualquier caso, todo apunta a que, de las dos identidades, la que puede presentar más afinidades electivas con la identidad «postnacional» habermasiana es la primera, y no la segunda. Ahora, por lo tanto, la investigación comparativa va a servirnos para valorar las posibilidades de implantación y de exportación del modelo a los distintos países o regiones –pensemos en las diferencias entre Alemania y España, o, dentro de España, en las diferencias entre el nacionalismo vasco y el catalán.

Pongamos un último ejemplo. Desde el punto de vista comparativo, no es casual que el discurso postmoderno sobre la teoría tuviese una de sus primeras bastiones en Francia. Aparte de factores «internos», como el desencantamiento de los intelectuales franceses con la «gran narración» del marxismo, en la base del postmodernismo puede haber

factores específicos relativos al cambio de posición de la figura del intelectual. Lamont, en su análisis comparativo de Francia y Estados Unidos, ha puesto de manifiesto la peculiaridad del sistema educativo y del campo cultural francés. El elitismo cultural de las nuevas clases medias francesas contrasta con el eclecticismo de las clases medias norteamericanas, mucho más omnívoras. Esto explicaría los rasgos totémicos del intelectual francés (Lamont).

La pérdida de influencia de los intelectuales, debido a la gravitación hacia los medios de comunicación y a la consiguiente subordinación, habría tenido un impacto diferente en estos dos contextos. Como subraya Lamo de Espinosa (1996), para analizar la figura del intelectual hay que tener en cuenta la distribución social del conocimiento y de la cultura en cada sociedad. En estructuras sociales elitistas, donde no hay mercados científicos e intelectuales amplios, el intelectual está aún más subordinado a los medios. «Ahora no es ya que el medio imponga, mediante un filtraje de exigencias técnicas, cierto tipo de mensaje, sino más bien que crea su propio mensaje para alimentarse a sí mismo. Y surge el intelectual mediático como pensador del momento, el instante, la columna, un pensamiento por necesidad débil, poco consistente, nada totalizador, en ocasiones contradictorio. Algo muy próximo a lo postmoderno» (Lamo de Espinosa, 1996: 217). La pérdida de influencia del intelectual en una sociedad culturalmente elitista sería un factor externo que explicaría el discurso pesimista u relativista consagrado por el postmodernismo francés. Habría que investigar comparativamente el grado de penetración y las causas del éxito o el fracaso en la difusión a otros países y contextos culturales.

El ejemplo anterior es un bucle reflexivo que ilustra la importancia del análisis comparativo. Indica el caso extremo en el que la misma teoría de la teoría puede ser producto de un contexto nacional cultural e histórico determinado. Pero, sin ir tan lejos, la idea sería, en definitiva, que el análisis comparativo en muchos casos nos permite poner las teorías «en su sitio». Para ser reflexiva (Bourdieu), la sociología debe ser comparativa.

3. CONTEXTOS Y MECANISMOS. LOS BENEFICIOS DE LA TEORÍA SOCIOLÓGICA EN LA SOCIOLOGÍA COMPARATIVA

La investigación comparativa cuantitativa, más que la cualitativa o de casos, peca en muchas ocasiones de empirismo ateorico. Los investigadores, a veces, parecen fascinados por los datos o, quizás, exhaustos tras la dificultad de producirlos, y se contentan con comentar simplemente las diferencias y similitudes más significativas, sin detenerse a proponer explicaciones de esos resultados. Recientemente Goldthorpe (1998) ha defendido la necesidad de fertilizar el análisis comparativo cuantitativo con la teoría de la elección racional. Según este autor, es necesario poner en relación estos dos cuerpos de análisis sociológico hasta ahora prácticamente separados: el análisis cuantitativo de datos (ACD) y la teoría de la elección racional (TER).

Para Goldthorpe, el ACD, y no la investigación cualitativa, es la técnica de investigación y análisis más válida. Por un lado, las regularidades empíricas que se obtienen de él tienen una cobertura en el espacio y en el tiempo que es más amplia que la que pueden dar los datos cualitativos o etnográficos. Pero además, la calidad y la fiabilidad de los datos cuantitativos suele ser mayor que la de los cualitativos.

La TER que tiene en mente Goldthorpe es «cualquier enfoque teórico que intenta explicar los fenómenos sociales como resultado de la acción individual que es construida como racional, dados los fines y las condiciones de la acción, y que es inteligible de esta manera» (Goldthorpe, 1996: 2). Por lo tanto, el modelo de TER que defiende Goldthorpe es el de una acción subjetivamente –no objetivamente– racional, estando esta racionalidad condicionada por la influencia de los contextos y situaciones sobre las actitudes y creencias de los actores. Se trata, pues, de un modelo de racionalidad limitada, en el que los actores son

racionales dentro de los límites de la información que tienen y de las actitudes que mantienen. Por esta importancia del contexto, el análisis comparativo es central. En este sentido, la aplicación de la teoría de la acción racional al análisis comparativo es posible porque en la primera se ha producido un cambio de presupuestos.

En la teoría económica convencional se partía de conjuntos de preferencias universales y estables. Por lo tanto, estas teorías eran irrelevantes para entender las diferencias sociales. Con el tiempo, los teóricos de la elección racional han abandonado esta pretensión de encontrar teorías generales y leyes universales de la racionalidad. El modelo teórico estará incompleto si no se especifican las constricciones concretas de la acción. Ahora de lo que se trata es de establecer mecanismos causales de generalidad limitada y que operen dentro de contextos específicos (Blossfeld/Prein, 8). Elster (1999), por ejemplo, subraya que los mecanismos se sitúan en un lugar intermedio entre las leyes y las descripciones: «son patrones causales fácilmente reconocibles, que ocurren frecuentemente, pero que se desencadenan bajo condiciones que normalmente no conocemos y con unas consecuencias indeterminadas. Nos permiten explicar, pero no predecir» (Elster, 1999:1). Los mecanismos sociales nos permiten abandonar el modelo legaliforme, monológico, de las ciencias naturales. Son el menor de los males posibles: nos permiten explicar, aunque no generalizar. Merton definía los mecanismos sociales como procesos sociales que tienen consecuencias específicas sobre partes específicas de la estructura social, y ponía como ejemplos las profecías que se autocumplen y el efecto Mateo. A este respecto, Elster ha cambiado su conceptualización de los mecanismos. Inicialmente, en su análisis del cambio tecnológico, a principios de los años 80, Elster seguía el modelo monológico. Los mecanismos eran generalizaciones legaliformes, pero referidos a niveles bajos de agregación. En esta formulación, lo contrario a un mecanismo era un análisis en términos de «caja negra». Posteriormente, para Elster (1989 o 1999) lo contrario de un mecanismo es una ley. Esta tiene la forma «si se dan las condiciones C1, C2...Cn, entonces siempre se dará E». Un mecanismo tiene la forma «si se dan las condiciones C1, C2...Cn, entonces a veces se dará E» (Elster, 1999:5). Stinchcombe también se refiere a los mecanismos como teorías verdaderas a veces.

Hasta hace poco los teóricos de la elección racional se refugiaban en la teoría o en la investigación experimental, descuidando la investigación empírica (Opp). La nueva forma de explicación en términos de mecanismos sociales, de leyes que son sólo ciertas a veces, abre las puertas de la teoría de la elección racional a la investigación empírica, y, especialmente, comparativa. Para Goldthorpe, la simbiosis entre el ACD y la TER puede ayudar a contrarrestar las críticas que recibe la investigación cuantitativa. Al ACD se le suele reprochar su falta de teoría, ya que sólo pretendería encontrar regularidades estadísticas en el nivel agregado. Para sus críticos, el ACD es descriptivo, y no podría ofrecer explicaciones de la realidad porque no tiene una teoría de la acción. Goldthorpe subraya que, efectivamente, no basta con encontrar una correlación significativa desde el punto de vista estadístico. «El ACD por sí solo es incompleto, y su contribución a la sociología estará seriamente limitada, hasta que se alíe de alguna manera con algún tipo de explicación de la acción» (Goldthorpe, 1996: 111).

La solución para el desarrollo teórico del ADC y el desarrollo empírico de la TER es la alianza entre los dos. El ADC debe proveer a la TER de explananda válidos, es decir, de regularidades estadísticas contrastadas, y la TER debe aportar la narrativa explicativa. Según Goldthorpe, la TER sería la teoría que necesita el ACD por dos motivos: en primer lugar, porque pone claramente en relación los niveles micro y macro; en segundo lugar, porque tiene un carácter general, siendo válida para todos los ámbitos de análisis.

La propuesta de Goldthorpe de fertilizar la investigación comparativa cuantitativa con la teoría de la elección racional no está libre de problemas. Edling ha recordado, en primer lugar, que la TER sigue teniendo dificultades para explicar la cultura y las normas, que son fenómenos macro que no se pueden reducir fácilmente a lo micro, al menos

desde un enfoque basado exclusivamente en la TER. Pero además, el ACD –con excepción de los modelos multinivel– no suele introducir como variable el contexto social del individuo, con lo cual no se considera una información que es fundamental para determinar los parámetros de la racionalidad situada o limitada del individuo. «Se suele suponer que el individuo es el portador de la información estructural: el individuo es caracterizado en términos de su ocupación, sus hábitos culturales, etc.. Esta información puede ser útil en muchos casos. Sin embargo, no es de utilidad para el uso explícito de los modelos de la TER, que requieren un tipo de información diferente» (Edling, p. 6).

Con independencia del mayor o menor acierto de Goldthorpe a la hora de defender los beneficios de la teoría de la elección racional en la sociología comparativa cuantitativa, lo cierto es que la propuesta de sustanciar teóricamente el análisis de grandes conjuntos de datos internacionales responde a una necesidad real de dotar a éste de repertorios explicativos que ahora escasean. Esta misma estrategia, ahora en el análisis comparativo cualitativo o de casos, se reproduce en las «analíticas narrativas» de Levi et al.: «narrativa porque presta atención a las historias, los relatos y los contextos; analítica porque extrae líneas de razonamiento explícitas y formales que facilitan la exposición y la explicación» (Bates et al, 10). En esta forma de análisis, se usan los modelos de elección racional, y más en concreto la teoría de juegos, para descifrar los mecanismos causales que generan similitudes y diferencias entre distintos momentos y contextos. Según sus defensores, el enfoque de las narrativas analíticas tiene además la virtualidad de ser una vía media entre lo nomotético y lo ideográfico, entre el análisis de variables y el análisis de casos. Quizás la fertilización teórica desde una nueva teoría de la acción, racional pero realista, más mecanística y menos nomotética, pueda salvar ese hiato endémico a la sociología comparativa.

4. EL BESO DE LA ARAÑA: TEORÍA, COMPARACIÓN E INTERDEPENDENCIA

Hemos glosado hasta ahora los beneficios de la sociología comparativa para la teoría sociológica e, inversamente, los beneficios de la teoría para la comparación. En este apartado veremos cómo procesos contemporáneos del alcance de la globalización y la interdependencia plantean a la teoría sociológica y a la investigación comparativa desafíos que les obligan a trabajar codo con codo.

La globalización aumenta la interdependencia, y la interdependencia agrava los problemas teóricos y empíricos de la sociología comparativa. Siguiendo a Goldthorpe (1997), podríamos hablar de tres grandes problemas de la investigación comparativa, sea cualitativa (de casos) o cuantitativa (de variables): el problema de Galton, o de la difusión; el problema del N pequeño, o de la sobredeterminación; y el problema de la caja negra, o de la explicación ⁴.

La primera dificultad, el llamado problema de Galton, consiste en la dificultad de distinguir las similitudes/diferencias entre los países que obedecen a las relaciones funcionales de las que obedecen a procesos de difusión cultural. En términos estadísticos, a la hora de analizar correlaciones, no se puede presuponer la independencia de las observaciones.

En segundo lugar, como establece Przeworski, idealmente el medio para lograr explicar comparativamente es sustituir las coordenadas espacio-temporales con las que identificamos un país por una serie de variables que lo caractericen y que jueguen un papel en la explicación del fenómeno. El problema de la comparación internacional explicativa va a ser siempre la selección de esas variables. La cuestión radica en el problema de la sobredeterminación: casi siempre nos encontraremos con que tenemos más explicaciones que casos. «El programa causal de reducir los nombres propios de los países a variables explicativas en seguida topa con problemas en la comparación internacional, en la

que el número de observaciones es necesariamente bajo y, normalmente, mucho menor que el número de explicaciones alternativas» (Przeworski, p. 39).

El tercer problema de la comparación internacional es el de la «caja negra». Incluso aunque se conjure el problema de la sobredeterminación y se encuentre una variable definitivamente explicativa del fenómeno estudiado, aquélla sigue siendo una caja negra si no se especifica teóricamente el mecanismo causal en virtud del cual se produce el efecto descubierto. No hay técnicas que permitan sortear este escollo. Pero algunos principios pueden ser de ayuda, especialmente a la hora de explicar diferencias internacionales de actitudes, y antes de aplicar la estrategia de Przeworski de sustituir los países por variables. Küchler entre los principios de comparación internacional que propone establece una regla de precaución básica. El primer paso de la comparación internacional mediante encuestas debe ser analizar cada nación por separado, estableciendo estructuras causales internas. Sólo después se puede recurrir a tipos de análisis más simples, como la comparación de frecuencias entre países, o más complejos, como la explotación del fichero de datos en su conjunto en una regresión múltiple en la que cada nación pasa a ser una variable *dummy*. Sólo así «se evita reificar los datos y se consigue interpretarlos en su contexto» (Küchler, p. 13). En definitiva, habrá que combinar el análisis país a país con el análisis agregado.

¿En qué medida la interdependencia es relevante para estos problemas, y cuáles son sus implicaciones metodológicas? Empezando por el problema de la caja negra, al aumentar el número de niveles de análisis, aumenta el número de variables, y la explicación es aún más compleja. En el ejemplo de Przeworski, «simplemente no sabemos cómo abordar el estudio de los determinantes de las políticas agrícolas en Francia. Estas políticas tienen algo que ver con la situación económica y política en Francia, algo que ver con la UE como forma de gobierno, algo que ver con la situación política y económica en otros países de la UE, algo que ver con el tiempo, la economía y la política en Argentina y Australia, y mucho que ver con la relaciones americano-soviéticas y las ventas norteamericanas de grano a la Unión Soviética» (Przeworski, 45). En este nuevo contexto es todavía más difícil que la sociología comparativa reciba el ansiado «beso» de la parsimonia –KISS, acrónimo de «keep it simple, stupid», empleado por los economistas.

Pasando al segundo de los problemas, el de la sobredeterminación, o del N pequeño, con la interdependencia y la regionalización es evidente que éste puede agravarse: al tiempo que aumenta el número de variables –efecto de la interdependencia en el problema de la caja negra–, disminuye el número de casos (Przeworski, 44). En el extremo, el N sería igual a 1. King et al. (p. 230) concluyen que en la situación más simple el rango de observaciones necesarias para poder hacer inferencias causales mínimamente fiables se sitúa entre los 5 y los 20 casos⁵. En un mundo en el que supuestamente los países cuentan menos a favor de unidades supranacionales, el número de casos es aún menor que cuando la unidad de análisis eran los países, y los controles estadísticos aún más difíciles, si no imposibles (Marks).

Las implicaciones son aún más evidentes en el problema de Galton. Hace casi 15 años Przeworski, discutiendo las implicaciones de la interdependencia creciente para la sociología comparativa, subrayaba que urgía desarrollar una «metodología de la interdependencia» (45). Desde entonces se ha extendido la conciencia de que hay que incorporar la interdependencia en el nivel supranacional como un nivel más de análisis. Así, dirá Goldthorpe: «en la medida en que la interdependencia entre nuestras unidades de observación es sencillamente una característica de la realidad, debemos afrontar la situación intentando representar la interdependencia (o, mejor, el proceso que la crea) en nuestros análisis, de forma que no sólo reconozcamos su presencia sino que también evaluemos su importancia» (Goldthorpe, 1997:18).

Lo que se consideraba un problema meramente técnico –un sesgo en los datos– es un desafío teórico de primer orden. La interdependencia debe introducirse en el análisis, para lo cual en la sociología comparativa habría que contar con nuevas metodologías que permitan integrar niveles jerárquicos de análisis distintos. En principio, la teoría del sis-

tema-mundo es un buen candidato, ya que apunta a la interdependencia como único nivel determinante en la explicación (Wallerstein).

Ahora bien, no todo es interdependencia. Breen/Rottman sometieron a contrastación empírica la hipótesis de que la posición en el sistema-mundo –la interdependencia– era más importante que el país –la variable nación– para entender la desigualdades sociales observadas en distintos países. Los resultados apuntan a que, al menos para las variables dependientes consideradas –la estructura de clases y la movilidad o fluidez social–, la nación sigue siendo un nivel de análisis necesario. Además, el efecto de la variable nación era mayor para la movilidad que para la estructura, porque precisamente la institución «nacional» del Estado de Bienestar operaría más sobre la primera que sobre la segunda. En definitiva, «aunque ignorar la posición en el sistema-mundo nos llevaría a omitir un factor importante para la explicación de los patrones de variación, olvidar las diferencias entre las naciones sería igualmente dañino» (Breen/Rottman, p.14). Por lo tanto, en esta visión «interactiva» (Breen/Rottman) habría que complementar el análisis del efecto del sistema-mundo con el del efecto de la nación.

Moderando los excesos reduccionistas de la teoría discursiva de Wallerstein, en la teoría formalizada del sistema-mundo de Chase-Dunn no se excluye el nivel de análisis nacional y se propone el análisis multi-nivel como técnica que permite incluir ambas dimensiones. Por lo tanto, también desde la teoría del sistema-mundo se apunta la necesidad del enfoque multi-nivel y de modelos teóricos en los que se integren simultáneamente diferentes tipos de unidades de análisis ⁶. Para Chase-Dunn también se trata de determinar empíricamente, en cada campo, qué importancia relativa tienen los procesos internacionales (la interdependencia) y los nacionales (Chase-Dunn, 328).

El debate sociológico que acabo de reseñar entre el «nacionalismo» y el «internacionalismo», y la vía media resultante, el «glocalismo metodológico», entronca con la diversidad de interpretaciones sustantivas que ha habido en torno al nuevo regionalismo y a las nuevas entidades supranacionales. En una primera interpretación, la dominante en la actualidad, la interdependencia extingue por completo las posibilidades de maniobra de los Estados, con lo cual la unidad de análisis relevante sólo puede ser el sistema-mundo. Pero también se puede suponer que la interdependencia no supone convergencia si las nuevas entidades son una continuación del Estado-nación con otros medios, es decir, si son nuevas vías con las que los Estados persiguen sus intereses en la arena internacional, con lo que expanden, antes que achican, las opciones de los Estados. Estaríamos ante la transformación, y no la desaparición, de la divergencia. Con la interdependencia hay fuentes tanto de convergencia como de divergencia, con lo cual la globalización-regionalización no implica necesariamente la convergencia. Esta es la hipótesis «neoinstitucionalista» de Kitschelt et al., que parece más razonable. Como vemos, las implicaciones para la metodología comparativa de ambos enfoques teóricos son evidentes: en el primer caso podemos prescindir del nivel nacional; en el segundo, no.

Otra implicación teórica, señalada por Ebbinghausen, es la necesidad de integrar dos disciplinas: el análisis comparativo y las relaciones internacionales. En el caso de la sociología, esta urgencia se ha puesto claramente de manifiesto en el debate Haller vs. Hamm sobre el grado en que la Unión Europea constituye una unidad desde el punto de vista sociológico, y sobre cuáles son las variables relevantes para identificarla. En la investigación politológica, la discusión en torno a si Europa constituye un caso único de integración (¿N=1?) es un impulso para la comparación con otras macro-regiones en busca de la especificidad respecto a otros procesos de integración transnacional, sean nuevas «politeyas» o sólo áreas económicas transnacionales, como Mercosur o los países de América del Norte (Marks et al.).

La última cuestión es: ¿qué tipo de comparación es más útil al estudio de la internacionalización? Hay muchas tipologías de sociología comparativa. Tilly distingue cuatro tipos de diseños en la comparación internacional según sus objetivos: comparaciones individualizadoras, comparaciones universalizadoras, comparaciones que persiguen

subrayar la varianza y comparaciones englobantes. Con la globalización y la interdependencia, la cuestión que se plantea es: cómo reaccionan distintos países ante unos mismos procesos y problemas, cómo se desenvuelven en la telaraña tejida por la interdependencia. De ahí que, como señala Scheuch, florezcan corrientes como el análisis de las «variedades de capitalismo», o los análisis sobre la convergencia y divergencia entre sociedades (Berger/Dore).

En definitiva, frente al veredicto de Scheuch (1989) de que en sociología comparativa ya estaba todo inventado, hay que estar de acuerdo con Gauthier (2000) en que hay nuevos retos teóricos y metodológicos. Desde mi punto de vista, el principal sería la integración de los diferentes niveles de análisis en una «nueva ecología social» (Gauthier) que integre la interdependencia (la telaraña) y, sin embargo, a la vez, sea parsimoniosa (el beso). Este es el «beso de la araña» que debe dar la sociología comparativa a la nueva realidad global.

5. SOBRE ESTE MONOGRÁFICO

Aunque hay muestras tempranas de investigación sociológica comparativa en España –aquí habría que mencionar, entre otros, los trabajos de Linz o Giner– no fue hasta la década de los 80 y, sobre todo, los 90, que España se integró plenamente en la investigación comparativa en sus distintas versiones. Aquí sólo puedo mencionar algunos de los desarrollos recientes más importantes ⁷.

Comenzando por el análisis comparativo cuantitativo, basado sobre todo en datos secundarios agregados o agrupados, en el área de la sociología política habría que mencionar los trabajos sobre transiciones y democracia (Maravall o Montero), o sobre política económica (Boix).

Entre los proyectos sociológicos comparativos de tema específico, habría que mencionar la participación española en el proyecto internacional sobre «Estructura y Conciencia de Clases» de E.O. Wright (Carabaña et al. y González), investigación que, además de un volumen comparativo, ha dado a luz varios informes de resultados nacionales ⁸. Recordemos que, junto al proyecto CASMIN (Erikson/Goldthorpe) y su continuación (Breen), ha sido uno de los proyectos sociológicos comparativos de mayor envergadura, tanto por su alcance teórico como por su cobertura empírica. También en esta capítulo habría que mencionar la participación española en el grupo internacional de «Cartografía Comparada del Cambio Social» (del Campo/Langlois) o en diversos proyectos comparativos sobre sistemas sanitarios (de Miguel).

Pasando a las series institucionales de encuestas generales de carácter sociodemográficas, la presencia de nuestro país en el Panel de Hogares de la Unión Europea es un buen exponente. Respecto a las encuestas de actitudes sociales y políticas, hay que destacar la participación de España en el International Social Survey Programme o en los Eurobarómetros. La constitución del ARCES en el CIS refleja la consolidación de esta forma de recogida y análisis de datos, que cuenta cada vez con más usuarios en nuestra comunidad sociológica.

Finalmente, destacaría las series de encuestas enmarcadas en proyectos específicos pero de geometría variable, como la Encuestas Mundiales de Valores o los Barómetros de Satisfacción (Díez Nicolás). Aquí habría que subrayar que algunas de estas encuestas han tenido muestras autonómicas (Andalucía, País Vasco o Galicia) que enriquecen enormemente el análisis comparativo, permitiendo, por ejemplo, un análisis multinivel como el mencionado en esta introducción.

Buena prueba del vigor de la sociología comparativa española actual, de que está tan bien integrada en las corrientes mundiales, es que presenta el mismo problema de hipertrofia empírica de la sociología internacional. Aunque hay algunos desarrollos teóricos en campos específicos como la transición a la democracia o el Estado de Bienestar

(Maravall, Moreno o Esping-Andersen), en general abundan los indicadores, los datos y las encuestas, pero falta teoría comparativa de y sobre España.

En este contexto, ¿cuál pretende ser la aportación de este monográfico de *Política y Sociedad*?

El monográfico consta de ocho trabajos. Comienza con dos de teoría y metodología comparativas – los de Shalev y Ramos. El resto de los trabajos gira en la órbita de la sociología política, el campo en el que más se ha desarrollado el análisis comparativo (Bollen)⁹. El núcleo está formado por investigaciones sobre las actitudes ante la justicia distributiva y el Estado de Bienestar –los artículos de Gijsberts/Ganzeboom, Calzada, o el mío propio. El monográfico concluye con tres trabajos sobre el comportamiento electoral, el nacionalismo y las bases de la democracia – los de Anderson/Heath, Santiago y L. Anderson, respectivamente.

Aparentemente, es éste un número dispar en temas y perspectivas. Sin embargo, respondiendo al interrogante que acabamos de plantear, todos los trabajos reunidos en el presente volumen se caracterizan precisamente por intentar salvar –y, como coordinador (y colaborador), espero que por hacerlo dignamente– el hiato entre la teoría y la empiria sobre el que ha tratado esta introducción. En ningún caso se trata de comparaciones descriptivas atóricas. La aportación teórica de Shalev está en resaltar las implicaciones sustantivas del uso de las técnicas como la regresión múltiple o el agrupamiento de datos en la investigación comparativa cuantitativa. La contribución de Ramos en el sentido que venimos apuntando es evidente. En el segundo bloque de estudios, Gijsberts/Ganzeboom desarrollan y contrastan la teoría de los sentimientos de justicia distributiva y, en particular, la teoría de la conciencia dividida, en un contexto al que no se había aplicado, los países del Este. Calzada esboza un argumento sobre el desarrollo del Estado de Bienestar a partir de la comparación de su legitimación en Suecia y España. Por mi parte, en mi artículo intento elaborar teórica y empíricamente algunos argumentos sobre la legitimación del Estado de Bienestar en el proceso de globalización. Ya en el tercer bloque de trabajos, Heath compara en distintos contextos el rendimiento de distintos modelos del comportamiento electoral, y, en particular, el de la elección racional. Anderson, a su manera, también compara las teorías sobre el fascismo y las revoluciones campesinas, y contrasta su hipótesis en distintos escenarios históricos y nacionales. Finalmente, la innovación teórica de Santiago radicaría en que enfatiza el elemento territorial en la comparación de movimientos nacionalistas.

En definitiva, el intento de teorizar la comparación y de contrastar comparativamente las teorías podría ser la contribución del número al esfuerzo por consolidar la sociología comparativa en nuestro país. Compete al lector valorar el éxito de la empresa.

En lo tocante a su génesis, parte de los trabajos recopilados es este volumen fueron presentados en el Congreso Español de Sociología de la FES (Salamanca, septiembre de 2001), en el marco de las sesiones del grupo de trabajo de «Sociología comparativa», que también coordina el que esto escribe. En el aspecto metodológico, se ha pretendido combinar los trabajos cuantitativos con los estudios de casos.

Finalmente, como coordinador del monográfico, quiero agradecer a Carmen Pérez Hernando y Ramón Ramos, secretaria y director, respectivamente, de *Política y Sociedad*, su inagotable paciencia y enorme comprensión con las demoras y dificultades surgidas en el proceso de elaboración. Igualmente, agradezco al Consejo de Redacción de la revista sus comentarios. También estoy en deuda con José S. Martínez, Inés Calzada y Rubén Blanco por haber colaborado en la revisión técnica de las traducciones.

NOTAS

¹ En esta introducción no puedo considerar los usos críticos de la sociología comparativa. Ver Burawoy al respecto.

² Por ejemplo, los debates en torno al lugar de la teoría de la elección racional en la investigación comparativa e histórica (Goldthorpe o Hechter/Kisser).

³ Para una revisión histórica de la relación entre la sociología comparativa y la teoría sociológica desde los clásicos a los debates actuales, ver Crow.

⁴ No puedo recoger aquí la disputa sobre si el enfoque cualitativo de casos puede dar una solución mejor que el cuantitativo de variables –frente a lo que sostiene Goldthorpe, esta sería la posición de Ragin. Véase también Esping-Andersen (2001).

⁵ La situación más sencilla sería aquella en la que hay niveles bajos de variabilidad, mucha varianza de la variable explicativa, correlación cero entre ésta y las variables de control, y niveles bajos de certidumbre (King et al, 230).

⁶ Entre las aplicaciones recientes del análisis multinivel en el análisis comparativo de actitudes políticas podemos mencionar la de Schmidberger, sobre actitudes ante la UE, o la ya citada de Jones/Smith, sobre identidad nacional.

⁷ En Caís puede consultarse una bibliografía con más referencias a trabajos españoles.

⁸ Ver Wright para los resultados comparativos de, entre otros países, EEUU, Suecia, Japón o Canadá. Entre los estudios nacionales, ver Erbslöh en la R.F. Alemana, Baxter et al. para Australia, Marshall et al. para Gran Bretaña, Blom et al. para Finlandia, o Estanque/Mendes para Portugal.

⁹ Los resultados indican que, al menos entre 1985 y 1990 –el período analizado por Bollen et al– las otras áreas serían: desarrollo, sociología cultural y demografía. La investigación comparativa sobre la estructura y la movilidad social es otro campo fecundo de análisis (ver Ganzeboom et al.).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARTS, W./L. HALMAN (1999): «New directions in quantitative comparative sociology», *International Journal of Comparative Sociology*, 40 (1).
- BATES, R. et al. (1998): *Analytic Narratives*, Princeton, Princeton UP.
- BAXTER, J. et al. (1991): *Class Analysis and Contemporary Australia*, Melbourne, MacMillan.
- BERGER, S./R. DORE (eds.) (1996): *National Diversity and Global Capitalism*, NY, Cornell UP.
- BLOM, R. et al. (1992): *The Scope Logic Approach to Class Analysis*, Aldershot, Avebury.
- BOIX, C. (1996): *Partidos políticos, crecimiento e igualdad*, Madrid, Alianza.
- BOLLEN, K. et al. (1993): «Macrocomparative research methods», *Annual Review of Sociology*, 19: 321-351.
- BREEN, R./D. ROTTMAN (1998): «Is the national state the appropriate geographical unit for class analysis?», *Sociology*, 32(1): 1-21.
- BREEN, R. (1999): *National Patterns of Social Mobility, 1970-1995: Divergence or Convergence*, Florencia, IUE.
- BRUBAKER, R. (1992): *Citizenship and Nationhood in France and Germany*, Cambridge, Harvard UP.
- BURAWOY, M. (1998): «The Extended Case Method», *Sociological Theory*, 16 (1): 4-33.
- CAÍS, J. (1997): *Metodología del análisis comparativo*, Madrid, CIS.
- CAMPO, S. DEL/S. LANGLOIS (eds.): *¿Convergencia o divergencia? Comparación de tendencias sociales recientes en las sociedades industriales*, Bilbao, Fundación BBV.
- CARABAÑA, J. et al. (1992): *Encuesta de estructura, conciencia y biografía de clase. Informe técnico*, Madrid, Comunidad de Madrid.
- CHASE-DUNN, C. (1989): *Global Formation. Structures of the World-economy*, Cambridge, Basil Blackwell.
- COLLINS, R. (1998): *The Sociology of Philosophies*, Cambridge, Harvard UP.
- COLLINS, R. (1999): *Macrohistory. Essays in Sociology of the Long Run*, California, Stanford UP.
- CROW, G. (1997): *Comparative Sociology and Social Theory*, Londres, MacMillan.
- EBBINGHAUS, B. (1998): «Europe through the looking-glass: comparative and multi-level perspectives», *Acta Sociológica*, 41 (4).
- EDLING, C. (2000): «Rational choice theory and quantitative analysis», *European Sociological Review*, 16 (1): 1-8.
- ELSTER, J. (1990): *Tuercas y tornillos*, Gedisa, Barcelona.
- ELSTER, J. (1999): *Alchemies of the Mind*, Oxford, Oxford UP.
- ERBSLÖH, B. et al. (1990): *Ende der Klassengesellschaft? Eine empirische Studie zu Sozialstruktur und Bewusstsein in der Bundesrepublik*, Regensburg, Transfer.
- ERICKSON, E./J. GOLDTHORPE (1993): *The Constant Flux. A Study of Class Mobility in Industrial Societies*, Oxford, Clarendon.
- ESPING-ANDERSEN, G. (1993): *Los tres mundos del Estado de Bienestar*, Valencia, Alfons el Magnanim.
- ESPING-ANDERSEN, G. (1993): «La macrosociología comparativa de los Estados de Bienestar», en L. Moreno (coord.): *Intercambio social y desarrollo del bienestar*, Madrid, CSIC.
- ESPING-ANDERSEN, G. (2000): «Two societies, one sociology, and no theory», *British Journal of Sociology*, 51 (1).

- ESPING-ANDERSEN, G. (2001): «Quantitative cross-national research methods», en N. Smelser/P. Baltes (Coord.): *Encyclopedia of the Social and Behavioral Sciences*, Londres, Pergamon.
- ESTANQUE, E./J.M. MENDES (1997): *Classes e desigualdades sociais em Portugal*, Porto, Afrontamento.
- GANZEBOOM, H. et al. (1991): «Comparative intergenerational stratification research», *Annual Review of Sociology*, 17: 277-302.
- GAUTHIER, A.H. (2000): *The Promises of Comparative Research*, Calgary, University of Calgary.
- GINER, S. (1986): «Political economy, legitimation and the state in Southern Europe», en G. O'Donnell/P. Schmitter (comps): *Transitions from Authoritarian Rule*, Baltimore, J. Hopkins, pp. 11-14.
- GOLDTHORPE, J.H. (1997): «Current issues in comparative macrosociology: a debate on methodological issues», *Comparative Social Research*, 16: 1-26.
- GOLDTHORPE, J.H. (1998): «The quantitative analysis of large-scale data-sets and rational action theory: for a sociological alliance», en H.P. Blossfeld/G. Prein (Eds.): *Rational Choice Theory and Large-Scale Data Analysis*, Boulder, Westview
- GOLDTHORPE, J.H. (1998): «Rational action theory for sociology», *British Journal of Sociology*, 49 (2).
- GONZÁLEZ, J.J. (1992): *Clases sociales: estudio comparativo de España y la Comunidad de Madrid 1991*, Madrid, Comunidad de Madrid.
- HABERMAS, J. (1991): «Patriotismo de la Constitución en general y en particular», en íbid: *La necesidad de revisión de la izquierda*, Madrid, Tecnos.
- HARKNESS, J. (1998): *Cross-Cultural Survey Equivalence*, Zentrum für Umfragen, Mannheim, Methoden und Analysen.
- JONES, E.L./P. SMITH (2001): «Individual and societal bases of national identity. A comparative multi-level analysis», *European Sociological Review*, 17 (2): 103-118.
- KING, G./R. KEOHANE/S. VERBA (2000): *El diseño de la investigación social. La inferencia científica en los estudios cualitativos*, Madrid, Alianza.
- KITSCHOLT, H. et al. (1999): «Convergence and divergence in advanced capitalist democracies», en íbid. (Eds.): *Continuity and Change in Contemporary Capitalism*, Cambridge, Cambridge UP, pp. 427-460.
- KÜCHLER, M. (1990): The utility of surveys for cross-national research, en VV.AA.: *Attitudes to Inequality and the Role of Government*, SCP/ISSP, Rijswijk, pp. 7-20.
- LAMO DE ESPINOSA, E. (1996): *Sociedades de cultura, sociedades de ciencia*, Oviedo, Nobel.
- LINZ, J.J. (1988): «Legitimacy of Democracy and the Socioeconomic System», en M. Dogan (Ed.): *Comparing Pluralist Democracies*, Westview P., Londres, Boulder, pp. 65-113.
- LINZ, J.J./A. DE MIGUEL (1966): «Within-nation differences and comparisons: the eight Spains», en S. Rokkan/R. Merritt (Eds.): *Comparing Nations*, New Haven, Yale UP.
- MARAVALL, J.M. (1995): *Los resultados de la democracia*, Madrid, Alianza.
- MARKS, G. (1997): «Does the European Union represent an n of 1?», *ECSA Review*, 3: 1-5.
- MARSHALL, G. et al. (1989): *Social Class in Modern Britain*, Londres, Unwin Hyman.
- NOWAK, S. (1989): «Comparative Studies and Social Theory», en M. Kohn (Ed.): *Cross-National Research in Sociology*, Newbury Park, Sage, 34-56.
- PRZEWORKI, A. (1987): «Methods of cross-national research, 1970-83: an overview», en M. Dierkes et al. (Eds.): *Comparative Policy Research*, Aldershot, Gower, 21-49.
- PRZEWORKI, A./H. TEUNE (1982): *The Logic of Comparative Social Inquiry*, Florida, Kreiger.
- RAGIN, C. (1997): «Turnig the tables: how case-oriented research challenges variable-oriented research», *Comparative Social Research*, 16: 27-42.
- SCHUCH, E.K. (2000): «The use of ISSP for comparative research», *ZUMA-Nachrichten*, 47: 64-74.
- THERBORN, G. (1995): *European Modernity and Beyond. The Trajectory of European Societies, 1945-2000*, Londres. Sage.
- TILLY, C. (1991): *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Madrid, Alianza.
- SCHMIDBERGER, M. (1999): «Zwischenstaatliche Variationen bei Bevölkerungseinstellungen zur EU: ein mehrebenenanalytischer Untersuchungsansatz», *ZA-Information*, 41: 102-119.
- WALLERSTEIN, I. (1984): *El moderno sistema mundial*, Madrid, S. XXI.
- WRIGHT, E.O. (1997): *Class Counts*, Cambridge, Cambridge UP.

JAVIER NOYA (COORD.)